

le hizo acompañar por caballeros garantes. Sin embargo, la Iglesia, que posee las llaves del cielo y del infierno, y que detenta también el derecho de cambiar el mal en bien, para la mayor gloria de Dios, rompió el salvo-conducto é hizo subir á Huss á la hoguera, crimen que no debía ser olvidado. En la misma Bohemia estalló la guerra casi inmediatamente: más de quinientas iglesias y conventos fueron incendiados, y se libraron sangrientas batallas entre los Hussitas — convertidos en ardientes patriotas eslavos — y los católicos alemanes de las inmediaciones. El equilibrio no había de restablecerse, en provecho del catolicismo y de la causa de Austria, hasta la primera mitad del siglo XVII.

El triunfo de la Iglesia sobre los innovadores Wiclef y Juan Huss, en Inglaterra y en Bohemia, lo mismo que en época anterior la matanza de los Albigenses, atestigua la admirable fuerza de resistencia que todavía poseía la rutina de las poblaciones ante la iniciativa intelectual y moral de los precursores de justicia: la masa profunda de las naciones europeas no quiso prestarse al cambio, aunque el desorden de la institución papal hubiese llegado á ser un verdadero caos, y que de todas partes las burguesías nacientes y constituídas apelasen á un concilio de reformadores para poner fin á los abusos monstruosos del gobierno clerical, á las luchas intestinas del clero, á las excomuniones mutuas de los papas y anti-papas. Los concilios se reunieron en Pisa, en Constanza y en Basilea; los prelados asistieron durante años, pero si lograron reconstituir la unidad aparente de la Iglesia sometiéndola al poder espiritual de un solo pontífice, no lograron purificar el catolicismo de las prácticas de simonía, de las prevaricaciones, de las violencias, de las exacciones de toda clase que habían causado ya las primeras tentativas de rebeldía, y que debieron producir en el siglo siguiente la explosión definitiva de la Reforma. Siendo los jefes incontestables de la Iglesia, como príncipes temporales y espirituales, los papas creyeron que podían permitirse todo en lo sucesivo. Los concilios fueron impotentes contra ellos, no pudiendo, en virtud de sus mismos principios, disputar al sucesor de San Pedro el gobierno de las almas.

El imperio germánico estaba todavía más dividido que la Iglesia y su unidad sólo estaba reconocida temporalmente, según los inte-

reses inmediatos de los grandes príncipes electores, de las ciudades y de las federaciones de ciudades que se declaraban guerras incessantes. Alemania, de vagos contornos, imprecisos, menos-bien marcados que las fronteras naturales de los Estados que la constituyen, distaba mucho aún de presentar rudimentos de unidad política: á



PRAGA — EL PUENTE VIEJO SOBRE EL VLTAVA

Cl. Kuhn, edit.

este respecto estaba evidentemente mucho más atrasada que los países de la Europa occidental, Francia, Inglaterra y España, cuyos territorios geográficos naturales estaban claramente definidos.

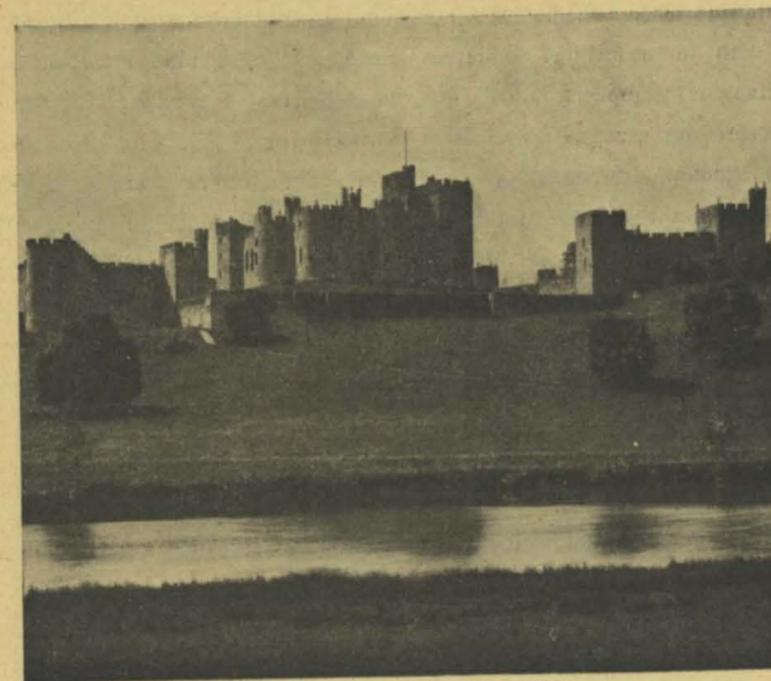
A pesar de las terribles guerras que les habían agotado, á pesar de su empobrecimiento y sus epidemias de «muerte negra», los dos reinos separados por la Mancha gravitaban cada uno hacia una forma definitiva concordándose con las indicaciones del medio. En Francia esa terminación natural no podía menos de prepararse, aunque no realizarse, en tanto que el ducado de Borgoña desarrollaba sus anillos como un dragón desde el Charolesado á Flandes. En Inglaterra se hacía la evolución de una manera más metódica y segura.

Los distritos montañosos habitados por los galo-célticos habían sido anexionados en 1283, y, una vez realizada esa conquista, Eduardo I se había dedicado á la obra mucho más difícil de subyugar los Escoceses y de colocar así toda la Gran Bretaña bajo el dominio de los reyes de Inglaterra. Ya les estaba sometida la mayor parte de Irlanda: el conjunto del archipiélago estaba forzosamente condenado, por la desigualdad de las poblaciones en lucha, á sufrir tarde ó temprano el ascendiente inglés.

Mas, á pesar de esa unidad impuesta por la violencia, la Gran Bretaña, ese fragmento desprendido del continente de Europa, que recortan en penínsulas numerosas escotaduras, sobre todo á Occidente, y que se prolonga de Sud á Norte sobre un enorme desarrollo lineal de un millar de kilómetros, con una débil anchura relativa, se divide, por eso mismo, en varias comarcas diferentes unas de otras, bien formadas para dar á las poblaciones residentes una vida autónoma. La península de Cornwales y el macizo montañoso de Wales, que se avanza á lo lejos en las aguas del canal de Irlanda, estaban evidentemente designados por la Naturaleza como tierras cuyos habitantes hubieran debido normalmente permanecer mucho tiempo apartados de los otros insulares, conservando sus costumbres, lengua é instituciones propias. Más positivo es esto todavía respecto del principal miembro articulado del cuerpo de la Gran Bretaña, ese territorio cuyo contraste geológico, geográfico, climático, étnico y social ha creado el de las dos naciones, Escocia é Inglaterra.

Evidentemente la zona baja de terrenos que comprenden las dos cuencas del Clyde, sobre la vertiente occidental, y del Forth, sobre la vertiente oriental de la isla, ha debido tener una importancia capital en la historia de las luchas que tuvieron lugar de una parte y de otra antes de la unión de los dos reinos. Un foco especial de vida nacional debía desarrollarse en esos campos de doble pendiente, donde la arista divisoria no tiene más que 61 metros de elevación sobre el nivel del mar y donde la industria no dejará de cavar algún día un canal de gran navegación. En comparación de las regiones montañosas del Norte, donde se alinean las ásperas cadenas de los Grampians, esa estrecha depresión de las tierras fértiles, convertidas en populosas, representa casi toda la parte

viva de la comarca, y por la parte del Sud, contrasta también con montañas cubiertas de matorrales y soledades que se extienden de mar á mar. Los Cheviot-hills se prolongan oblicuamente á las orillas en la dirección del Nodeste al Sudoeste, y constituyen la muralla exterior de ese macizo avanzado; el limite oficial de Escocia, que



CASTILLO DE ALNWICK, NORTHUMBERLAND

Cl. Kuhn, edit.

llega al fondo de la escotadura del Solway Firth, corresponde así exactamente al limite natural: puede decirse que allí se halla el «talle» del grande y esbelto cuerpo del que es Escocia torso y cabeza. Al extremo nor-oriental existe un pasadizo único y bastante ancho que permite el paso, y la posesión de esta puerta natural dió lugar á incesantes conflictos. Por la travesía de los ríos y por la conquista de las líneas divisorias tuvieron lugar las batallas más encarnizadas.

Si se añaden al territorio de la Escocia propiamente dicha los archipiélagos que le continúan al Norte, la mitad escocesa de la Gran Bretaña es tan desarrollada en longitud como la mitad inglesa,

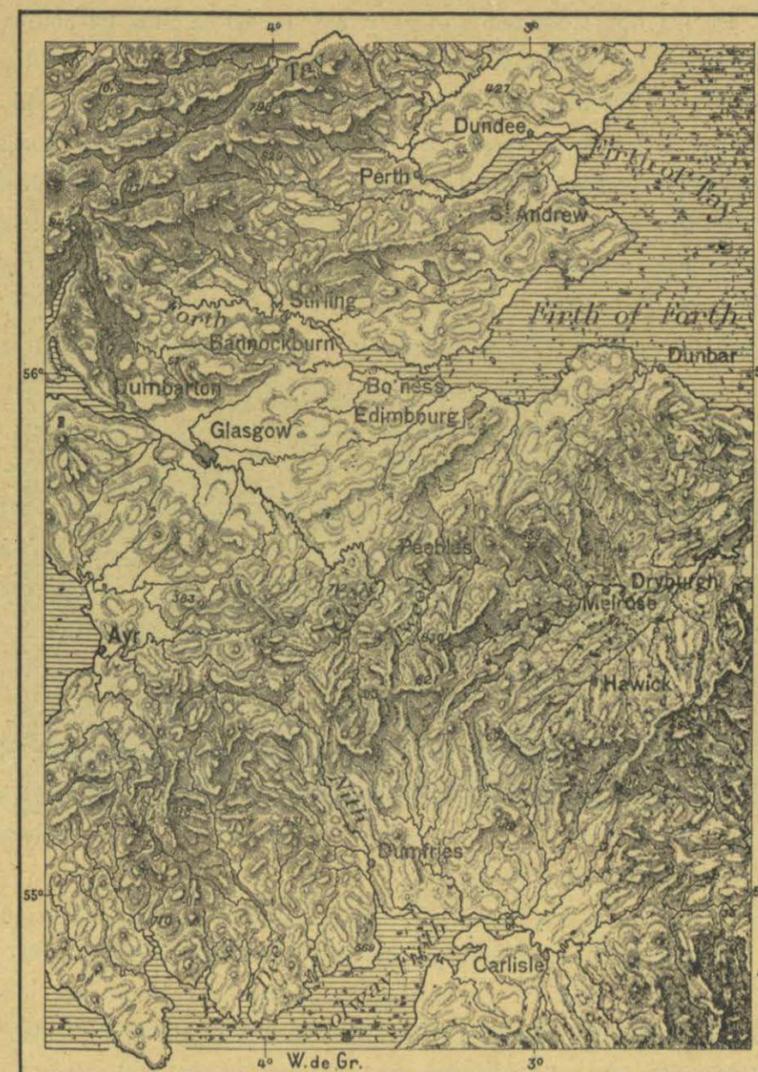
pero es de superficie menor, y su población debió ser siempre menos densa y proporcionalmente muy inferior en número. Los obstáculos de la Naturaleza restablecían, no obstante, el equilibrio militar, en aquella época en que los medios de comunicación no ayudaban todavía á la penetración de las regiones del Norte. Además los Escoceses, por su posición geográfica, tenían hábitos naturales de pillaje que les era fácil considerar como un verdadero derecho. Desde lo alto de sus colinas donde se entretenían guardando sus rebaños, veían los campos labrados, las granjas llenas, y cuando el hambre les roía las carnes, ¿no había de parecerles muy legítimo descender en bandas al territorio de sus vecinos para adquirir víveres? Las incursiones regulares producían un estado permanente de guerras y de matanzas. Después, en las grandes campañas estratégicas, los Meridionales, es decir, los Ingleses, gracias á su superioridad numérica, solían forzar las múltiples murallas de las *Low lands* ó «Tierras bajas», y tomar las posiciones militares de entre Forth y Clyde; pero más allá chocaron contra los montes escarpados del Norte, donde la Naturaleza les era tan enemiga como los hombres. La aspereza de la comarca compensaba la inferioridad del número.

Desde el fin del siglo XIII, Escocia parecía dispuesta á la sumisión. Los jefes Baliol y Wallace fueron derrotados por Eduardo I; pero un nuevo rebelde, Bruce, agrupó las fuerzas escocesas para una resistencia desesperada, y logró, en efecto, triunfar del ejército inglés sobre la colina de Bannockburn (1314), que cubre al Sud la puerta estratégica de la alta Escocia, Stirling. Esta victoria permitió al reino del Norte tomar la ofensiva: Bruce hasta penetró en Irlanda, donde esperaba encontrar aliados contra Inglaterra; pero, invadida hacía tiempo, recortada en territorios y en principados diversos, Erin no presentó en ninguna de sus provincias bastante unidad política para ofrecer un punto de apoyo suficiente.

La victoria de Bannockburn fué quizá para los Escoceses un triunfo deplorable: mucho mal causó á sus enemigos, pero mucho más dañosa fué para ellos mismos. Escocia, que hasta entonces había recibido del mediodía británico todo su fermento de vida, cesó de ser alimentada desde el punto de vista de la industria, del comercio y del arte. Las gentes instruídas y los artesanos hábiles, que en

su mayor parte eran Ingleses, se retiraron de Escocia: todo retrogradó allí en concepto material, intelectual y hasta moral. Los Es-

N.º 347. Baja Escocia.



1: 1500 000

0 25 50 100 Kil.

coces, que se habían vuelto casi salvajes, llegaron hasta no saber ya fabricar sus armas, que necesitaron importar de Francia y de

Flandes. Por otra parte, la antigua nación de los Pictos debe, sin duda, á esta separación política y social, haber vivido siguiendo un desarrollo más original y mantenido á través de los siglos su individualidad propia.

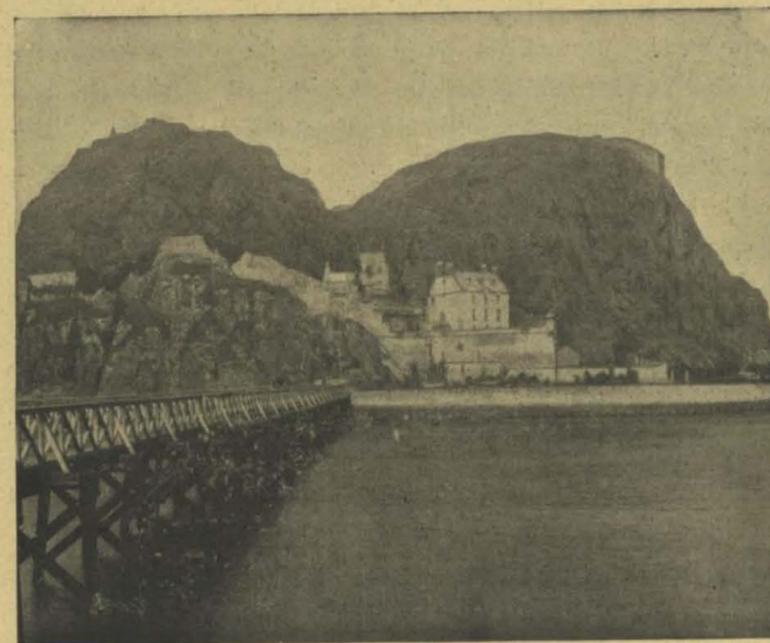
De los dos lados del Solway y del Tweed la zona de cultivo se cambió en desierto: en el espacio que podían alcanzar los ladrones en una incursión nocturna á caballo, todo el país fué rápidamente devastado. Dicese que pereció más de un millón de hombres en las guerras nacionales y civiles de Escocia. Puede juzgarse de las desgracias del pueblo por la suerte de los mismos reyes: la mayor parte murieron de muerte violenta, dejando el trono á sus hijos todavía menores. Muchas ciudades cayeron en ruinas, quedando cubiertas de maleza: el puerto de Berwick, que, en la Gran Bretaña, sólo fué excedido en importancia por el de Londres, y que se había llamado «otra Alejandría», perdió toda su actividad, que no ha recobrado jamás.

Privada de toda relación con Inglaterra, su vecina, su educadora natural, Escocia fué de rechazo inclinada hacia Francia, que llegó á ser á la vez su aliada política y su modelo en civilización<sup>1</sup>. Pero los dos países están muy distantes uno de otro y los mares que los separan son de navegación peligrosa. La fuerza de atracción mutua, por la naturaleza misma de las cosas, debía disminuir «en proporción del cuadrado de la distancia»; sin embargo, es admirable el número de los galicismos de toda especie que desde aquella época se han introducido en las instituciones, la arquitectura, las costumbres y la lengua de los Escoceses.

A otro extremo de Europa, los habitantes de la Península Ibérica bregaban también en constantes luchas, solicitadas por una ú otra de las dos fuerzas en conflicto, la pasión de la individualidad provincial y la ambición de la unidad general del país: los rasgos geográficos marcados en la península por los contornos de las mesetas y las aristas de las montañas explican esos acontecimientos. En el conjunto, las guerras incesantes de la Edad Media

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 65, 79.

en España están representadas á la vez como un conflicto de religiones y de razas. Para los espíritus simples que han sufrido la educación católica, que presenta todo en anchos colores lisos, las revoluciones de España no han sido más que una reivindicación interminable de la fe cristiana contra el culto musulmán, un torneo entre los caballeros de Dios y los supuestos caballeros del demonio; todo lo más pudiera mezclarse á ese conflicto religioso un poco de



Cl. Kuhn, edit.

ROCA DE DUMBARTON, SOBRE EL CLYDE

Cuando los Ingleses invadían Escocia, se contentaban generalmente con ocupar cuatro puntos fortificados que dominan el istmo: las rocas volcánicas de Dumbarton y de Edimburgo, la colina de Stirling y un fortín cerca de Borrowstoness (Bo'ness).

contraste étnico, producido por el contacto de las razas aborígenes y de los hijos de los Suevos y de los Visigodos con los invasores del Sud y del Oriente, Bereberes y Arabes. Ciertamente que hay parte de verdad en ese concepto general de las cosas; pero los fenómenos de la vida local, en su mezcla con la tendencia nacional hacia la unidad política, tuvieron sin duda alguna una importancia más considerable todavía.

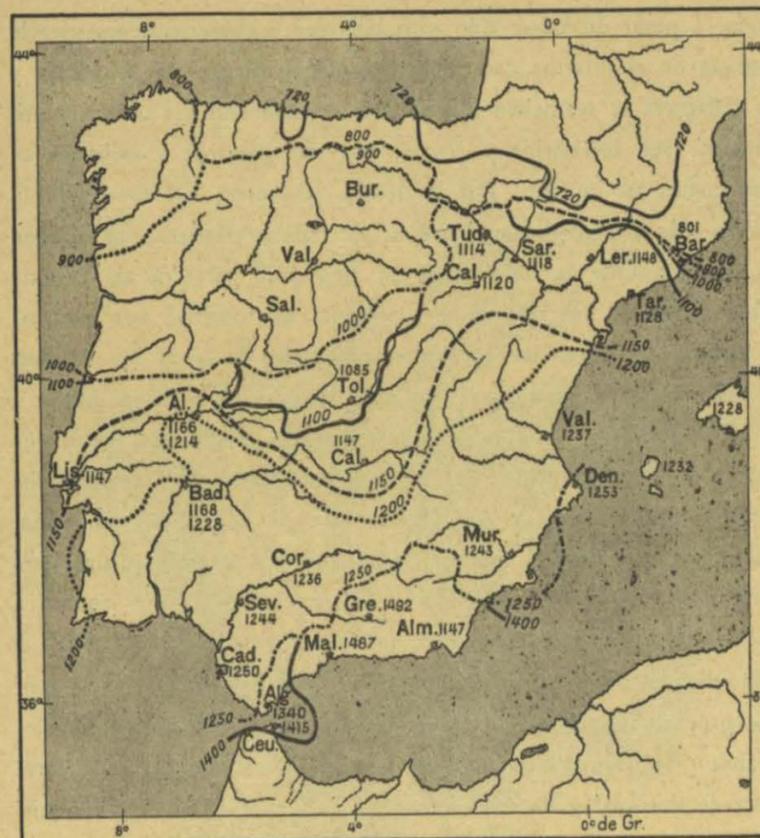
Además ha de hacerse también la parte del retroceso hacia la barbarie creada por el continuo bandidaje: puede juzgarse de ello por la verídica historia de Ruy ó Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador ó «Batallador», en el cual la leyenda veía el campeón incorruptible y caballeresco de la fe cristiana, mientras que en realidad fué un jefe de bandas mercenarias, que se ponía al servicio de los cristianos ó á sueldo de los Musulmanes, según las probabilidades del botín. «Profesaba el oficio de encadenar los prisioneros y de arrasar las fortalezas», en beneficio de uno ú otro señor, atormentando á los cautivos, quemándolos á fuego lento, haciéndolos destrozarse por sus perros, no para convertirlos á una fe cualquiera, sino para obligarles á revelar los escondrijos donde se hallaba su oro. Por lo demás, el nombre de Cid — en árabe *Sidi*, «Señor» — que le ha quedado, es la denominación con que le conocían sus aliados musulmanes. En la actualidad es bien conocida la historia de ese bandido<sup>1</sup>; pero es preciso hacer constar que los documentos utilizados por los historiadores anteriores se expresaban unánimemente en el mismo sentido, sólo que no se les quería creer, hasta tal punto parecía temerario combatir la leyenda acreditada. ¡Triste civilización relativa en la que un Cid Campeador puede concentrar en sí, como un sol, todos los rayos de la admiración de un pueblo!

Al final del siglo XI tuvieron lugar las aventuras guerreras celebradas en un *Romancero* del siglo XVI, y desde el principio del siglo siguiente los cristianos pudieron esperar la conquista entera de la península. Un rey de Aragón, que por matrimonio llegó á ser co-soberano de Castilla, creyó llegado el momento de llamarse «emperador de Hispania». En 1147, una circunstancia feliz permitió á los cristianos apoderarse de Almería, y, en consecuencia, los reinos árabes del Mediodía se encontraron ya amenazados por el lado del mar y separados parcialmente de sus correligionarios de Africa. Desde la mitad del siglo XIII la suerte de los Arabes quedó fijada irrevocablemente, puesto que el bloqueo se estrechó en su rededor. Fueron batidos en las Navas de Tolosa (1212), después en Mérida

<sup>1</sup> Reinhart Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

(1230) y se les despojó de Extremadura; se les tomó Córdoba, después Sevilla y por fin Cádiz, en 1250. La emigración de regreso comenzó para los Musulmanes de las provincias conquistadas, y las

N.º 348. Avance gradual de los Cristianos en España.



1: 10 000 000  
0 100 300 600 Kil.

Las líneas fechadas indican, de una manera un poco sintética, el retroceso gradual de los Musulmanes. Las cifras cerca de las ciudades dan la fecha de su paso á poder de los cristianos. Alcántara (Al. sobre el Tajo), Badajoz (Bad.) y Almería (Alm.), volvieron á poder de los Moros después de haber sido perdidas por ellos una primera vez. Cal. sobre un afluente del Elen es Calatayud; Cal. sobre el Guadiana, que debería estar á 50 kilómetros más al Sud, es Calatrava.

familias nobles pedían el bautismo en masa para convertirse en nobles de Castilla. El círculo de hierro fué completado en 1340, cuando Algeciras cayó en manos de los Españoles y el reino árabe de Gra-

nada quedó completamente aislado. Sin embargo, más de un siglo había de transcurrir todavía antes de recibir el último golpe, porque los pueblos, interesados en el trabajo, no deseaban más que les dejasen vivir en paz; el celo de la fe católica no tenía ya el ardor que le da el espejismo de los siglos. Hasta las órdenes de caballería, á pesar de haber sido especialmente creadas para sostener la cruzada en el interior, las compañías de Santiago, de Alcántara y de Calatrava se ocupaban mucho más de aumentar sus títulos y privilegios, sus territorios y rentas, que de guerrear y arriesgar su vida contra los infieles. Por lo demás, cualquiera que fuese el celo de los más ardientes campeones de la España cristiana, no dejaban de ser discípulos de los Arabes en una gran parte de su civilización. Hasta en sus instituciones políticas les tomaban por modelo: la justicia aragonesa fué enteramente copiada de la de los Arabes, lo mismo que la organización administrativa y el régimen militar<sup>1</sup>.

El equilibrio, inestable y constantemente modificado, tenía entonces dos centros principales en la España católica: Castilla, aristocrática y orgullosa, y Aragón, especie de república campesina, que vigilaba á su rey, aunque permitiéndole hacer conquistas interiores, anexionarse las Baleares, Cerdeña y Sicilia. En cuanto á Portugal, que se había declarado independiente de Castilla desde el principio del siglo XII, había tenido su evolución autónoma, y por sus propias fuerzas se había desembarazado gradualmente de los Arabes: Alfonso III, que murió en 1279, había podido proclamarse «rey de Portugal y de Algarve». La fusión se hizo entre conquistadores y conquistados sin producir las horribles persecuciones que hubieron de sufrir después los Moros en la vecina España. Lisboa, tan admirablemente situada sobre el estuario del Tajo, conservó la importancia comercial que le dieron los Arabes y hasta la aumentó, gracias á sus relaciones con los puertos del Norté, llegando á ser un foco de vida cosmopolita que tomó un lugar completamente distinto en el conjunto de la península Ibérica; en su rededor se constituyó una individualidad política bastante precisa, si no al Norte, del lado de Galicia, al menos al Este, hacia Castilla y Extremadura,

<sup>1</sup> Julián Ribera, *Orígenes del Justicia de Aragón*.

donde vastas extensiones montañosas, cubiertas de jaras y brezos, se desarrollan en soledades monótonas. En 1415, cuando los Portugueses, muy á disgusto en su estrecho litoral, se apoderaron de Ceuta, en la costa africana, estaban dispuestos para la carrera de descubrimientos que hizo de ellos un pueblo sin igual en la historia del progreso humano.

